

EDITORIAL

Nuevas brechas digitales en la educación superior

Josep M. Duart

*Profesor de los Estudios de Psicología y Ciencias de la Educación de la UOC
y director de la Revista de Universidad y Sociedad del Conocimiento*

La existencia de lo que se convino en llamar *brecha digital* (*digital divide*) fue una de las preocupaciones más importantes en la década de los noventa durante los procesos de introducción y uso de Internet en nuestras sociedades. La posibilidad de las personas de acceder o no a la Red era, y continua siendo, un determinante de importantes consecuencias personales, profesionales y sociales. Hoy, como resultado de las políticas públicas y privadas de implantación de infraestructuras tecnológicas llevadas a cabo en la mayoría de países y, de forma especial, gracias al avance de la telefonía móvil, la brecha digital, desde la perspectiva del acceso, se está cerrando y lo está haciendo a gran velocidad.

En el mundo de la educación, y en especial en el de la educación superior, se ha avanzado con celeridad en la facilitación del acceso universal y el uso de las TIC, tanto a nivel institucional como en las relaciones comunicativas entre profesores y estudiantes. A pesar de ello, el impacto real del uso específico de Internet en el proceso de enseñanza y aprendizaje está siendo más laborioso y más complejo debido a las diferencias de percepción, no únicamente generacionales sino también educativas, entre estudiantes y profesores.

Hoy podemos constatar que la brecha digital, tal y como la entendíamos hasta ahora, se ha reducido considerablemente. Pero a pesar de ello, y como consecuencia de este mayor acceso a la Red, se han abierto otras *brechas*, otras formas de separación social que son, en cierto modo, más preocupantes que la inicial. Nos referimos a las divisiones ocasionadas por los diferentes niveles de aprovechamiento del potencial de la Red, ya sea para la actividad personal y social en general, como para el aprendizaje.

Sabemos que el uso de Internet se ha ido afianzando cada vez más y se ha ido constituyendo como un espacio válido para el desarrollo de nuevas formas de relación social, cuando la mayoría de nosotros nos iniciamos en la Red como simples espectadores. Los buscadores contribuyeron a la percepción generalizada de Internet como un inmenso depósito de información en el que parece posible encontrar lo que buscamos, cuando en realidad encontramos lo que otros han decidido que encontremos. Hoy Internet es mucho más que la pantalla de acceso a un buzón de correo electrónico o a un buscador. La Red es hoy un espacio de intercambio, de creación de conocimiento compartido, de relación social, de consecución de objetivos personales, económicos, sociales, educativos, etc. Pero lo que nos debe preocupar no es el potencial transformador evidente de Internet, sino nuestra capacidad de entenderlo y de usarlo. Existe, por tanto, una nueva brecha digital entre quienes tienen una concepción y un uso determinado de la Red y quienes no lo tienen. Y esa brecha tiende a crecer entre determinados colectivos sociales, así como también entre determinadas generaciones. Y está claro que la brecha conceptual del uso de la Red determina su aprovechamiento y la capacidad de las personas y de los colectivos para crecer e influir socialmente.

Ya existe una división entre aquellos que usan habitualmente y de forma generalizada la Red (para actividades que van desde leer el periódico hasta la compra de entradas de cine, pasando por la actividad de las redes sociales) y

los que casi no la usan, a pesar de poder tener acceso a ella. Pero nos interesa poner de manifiesto la evidente desigualdad de oportunidades que existe entre aquellas personas –y también instituciones– que han comprendido el potencial transformador de la Red y los que no. Y esta brecha tiene hoy otras consecuencias que ya estamos empezando a observar en diferentes ámbitos de nuestra sociedad. El uso que se hace de las redes sociales en política –la campaña presidencial de Obama, por ejemplo– en el mundo de la empresa –las recomendaciones de hoteles y de destinos turísticos realizadas por usuarios en la Red, por ejemplo–, en el de las universidades –el auge de los sistemas *on-line* en las universidades tradicionales–, etc., son una clara muestra de ello.

En el mundo educativo, en la Universidad, la brecha digital no es únicamente generacional entre profesores o estudiantes. A nuestro entender, la principal brecha digital es de concepción del uso de la Red entre estos dos colectivos. Profesores y estudiantes son usuarios activos de la Red, pero sus constructos mentales, sus objetivos de uso, son muy diferentes. El acceso a Internet está generalizado en la Universidad pero el simple acceso al uso de la Red no está transformado, por ahora, ni la Universidad, ni su modelo de enseñanza y aprendizaje.

Existe una brecha digital, por ejemplo, entre aquellas universidades o instituciones de educación superior que han entendido el papel de Internet en la creación de redes de conocimiento, de universidades red o en red y aquellas que todavía cuestionan esta posibilidad aferrándose a su territorio y a los conocimientos de su profesorado en nómina. Existe una brecha digital entre aquellos profesores que diseñan sus asignaturas pensando en el aprovechamiento de la Red y generando un continuo formativo que va más allá del aula virtual y aquellos que consideran que Internet es el espacio donde se ubican los documentos de la asignatura o de sustitución de las horas de tutoría de alumnos en el despacho. Existen también brechas digitales entre instituciones universitarias puesto que algunas consideran que la internacionalización es sólo la atracción física de estudiantes y profesores extranjeros olvidando el potencial globalizador –más que internacionalizador– de Internet y de las redes sociales que va más allá de la atracción física del talento, ya que dispone del potencial de la generación de nodos de conocimiento que no se ubican en las coordenadas de espacio o de tiempo.

Informes como el realizado por el Departamento de Educación de Estados Unidos avalan ya la eficacia y la eficiencia de la modalidad de formación *on-line* e híbrida, por encima de la tradicional presencial. Y el argumento es simple: se aprovecha al máximo el potencial educativo de la conectividad, de la relación asíncrona entre estudiantes y profesores. Se evidencia, por tanto, el continuo educativo constante que existe en los sistemas híbridos, y éste, claro está, tiene sus consecuencias positivas en el rendimiento académico. Cuanto más tiempo se esté debatiendo, colaborando, compartiendo conocimiento, aprendiendo, en definitiva, mejores resultados académicos se alcanzan.

Josep Maria Duart, director de RUSC